

PIEDRAS

**Ultramicro
antología oralizada
del relato
surrealista
cortésimo europeo**

MONICA HELLER

**las botitas que todos temen
todos quieren**

CURADURIA: ALEJO PONCE DE LEON

ULTRAMICRO ANTOLOGIA ORALIZADA DEL RELATO
SURREALISTA CORTISIMO EUROPEO, en ocasión
de Las botitas que todxs temen todxs quieren de
Mónica Heller (2024)

“El fantasma de Chateaubriand”, de Gisèle Prassinós
(1935)

Un perro paseaba por la vereda izquierda de la Rue de Seine. El fantasma de Chateaubriand, resplandeciente a causa del fuego que ardía en sus tripas, lo seguía con el paraguas entre las piernas.

Anduvieron así bastante tiempo. Cuando llegaron a la explanada que separa el campanario de la iglesia de San Martín, el perro se dio vuelta, olfateó el aire cargado de bruma, se acostó e hizo la señal de la cruz. Casi al mismo tiempo apareció un grupo de leprosos, que parecían tener fiebre. Pero como todo el mundo sabe, a fin de mes hay que rezar la plegaria, y los leprosos marchaban en procesión para apaciguar la furia de su jefe. Este, que se veía bastante enfermo y seguramente estuviese padeciendo otros males además de la lepra y la fiebre, dirigía su tropa sin mayores dificultades. A pesar de esto, el fantasma de Chateaubriand -siempre digno, siempre salvaje- vigilaba a los pobres penitentes que avanzaban con lentitud y al borde de la locura.

Finalmente, el perro se levantó. Corrió nervioso para adelantarse a la tropa, que se había contagiado de su fuerza.

Los leprosos dejaron de avanzar. Cada uno de ellos le guiñaba el ojo y desenrollaba un rollo de algodón para demostrarle que eran dignos de él. Todos, uno tras otro, para poder hablar, dejaban de guiar al que los anteceda en la formación. Nadie se burlaba del perro: sabían que se enojaba muy fácil.

Una vez que se adelantó a la fila, el perro corrió hacia el fantasma, que sonrió y, muy suavemente, le susurró algunas palabras. Luego se marcharon juntos,

dejando atrás al hermoso ejército de leprosos, tan dignos y sencillos.

Siguieron por la calle que va hasta la Bastilla. No tropezaron. Una vez sola el perro se detuvo para decir una palabra: la boca bajo sus dos fosas nasales se contorsionó de un tirón como para comenzar a decir “buen día”.

Caminaron todo el tiempo. En un momento dado, cruzando un puente, el fantasma se sentó sobre la baranda. Empezaron a hablar del dueño de un hotelcito que ponía papel maché en vez de azúcar adentro de las azucareras.

A las diez de la noche, el perro sacó de su chaleco un pedazo de tela tejida con fibras de plata y lo sacudió con un gesto casi antiguo. Luego lo arrojó al río. El trozo de tela se hundió, pero volvió a emerger arrastrando tras de sí un cráneo de búfalo. Después del cráneo, apareció un hilo atado a una estaca que un minero había clavado nada más hacía un momento.

En la orilla dormida del río, ahí donde el sol todavía no había penetrado, el cuerpo de un búfalo pastaba en la hierba tibia. El perro observaba todo esto, blanco y muerto de sueño.

El fantasma se fue flotando tranquilamente como una bandera, y no fue visto de nuevo sino hasta el día de la inspección general de leprosos, que tuvo lugar el 22 de noviembre de 999.

“El cocodrilo sin cola”, de Mina Loy (1926)

Había una vez un cocodrilo en el río. Se pasaba el día acostado, fingiendo ser una isla, y esperando con la ilusión del hambre a los nenes y las nenas que salían de la escuela.

Un día, un nenito corría por la orilla del río y el cocodrilo asomó la nariz entre los juncos y casi le arrancó la pierna.

Todos los nenes se pusieron muy tristes. Pensaban que serían mucho más felices jugando al lado del río si no hubiera cocodrilos. Así que fueron a ver al hada y le preguntaron qué hacer.

–Es muy sencillo –dijo el hada–, lo que hay que hacer es sacarle todos los dientes al cocodrilo.

–¿Cómo? –preguntaron los nenes y las nenas.

–Queridos míos –dijo el hada–, si quieren lo hago yo. Puedo hacerme invisible, que es la forma más segura para lograrlo.

Esa misma noche, el hada voló hasta la boca del cocodrilo mientras dormía y roncaba y, con un imán de huesos, le extrajo suavemente todos los dientes.

El cocodrilo no sintió nada. Siguió ahí en paz, soñando con comerse un matambre de nene y una bondiola de nena. Pero al amanecer del día siguiente se despertó y descubrió que había tenido lugar una transformación profunda en su carácter. De alguna manera, se sintió mucho más bondadoso y cuando los nenes y las nenas pasaron junto a él por la mañana, yendo para la escuela, se dio cuenta de que lo único que quería era besarlos.

Por primera vez, también se sintió solo y quiso tener algunos buenos amigos en los que pudiera confiar cuando la cosa se pusiera difícil.

La tierra le pareció de repente mucho más atractiva que el río, algo que nunca le había sucedido antes.

Quando los nenes volvieron de la escuela, querían

ver cómo había quedado el cocodrilo sin los dientes.

Los saludó con la sonrisa más amable del mundo y se ofreció a pasearlos por el agua sobre su lomo.

El cocodrilo, que ahora era un dulzor, flotaba río abajo con media docena de chiquitines en la espalda, que le daban ánimo y le propinaban golpecitos en la cola con unos juncos, como si lo estuvieran arreando. Esto provocó que otro cocodrilo, uno que todavía tenía dientes, sintiera tanta envidia que esa misma noche fue y le mordió la cola hasta arrancársela.

–¡Pobre cocodrilo! Vamos a hacerte una cola de barrilete –dijeron los nenes.

Así que le hicieron una cola con tiritas de un papel rosa y amarillo precioso.

Cuando se levantó viento, el cocodrilo empezó a flotar y se fue volando por encima de los techos de las casas. Pero cuando el viento amainó, cayó sobre la chimenea de una cocina.

Los nenes trajeron una escalera muy larga para rescatar al cocodrilo y llegaron justo a tiempo, porque una chispa de la chimenea le había prendido fuego a la cola de papel y tuvieron que cortarla con una navaja.

Los nenes y el cocodrilo se hicieron mejores amigos. Le decían abuelito y se lo presentaron a su mamá, que era una mamá muy graciosa.

La mamá era tan graciosa porque en realidad nunca se sobresaltaba. Ella decía que le encantaba ver a los nenes “expresarse”. Y como no tenía nada que hacer más que llamar a la mucama para que limpiara cualquier lío que los nenes hicieran, no había ninguna razón para que ellos no se expresaran todo el día.

La mamá, que como ya dijimos, era muy graciosa, se mostró encantada de conocer al abuelito y le preguntó si le gustaba ponerle azúcar al té. También ayudó a sus hijos a meterle unos bollitos blandos de pan en la boca. Todos la estaban pasando bárbaro.

–Si le pusieran un árbol de Navidad en la cola al cocodrilo creo que sería algo muy útil y además decorativo –dijo la mamá, que era muy graciosa.

Al cocodrilo le encantó la idea y se quedó muy quieto mientras los nenes ataban el árbol de Navidad al muñón del que alguna vez había nacido su cola. Luego, practicó caminar noblemente con la cola erguida y, cuando llegó Nochebuena, los nenes decoraron el árbol con velas de colores, frutas, galletitas y unos juguetes divinos. Lo llevaron por las calles iluminadas y, cuando llegaron a la parte del pueblo con calles oscuras y estrechas, el cocodrilo entró por las puertas de las casas antiguas y subió las escaleras.

Los pobres nenes, muertos de frío, se amontonaban en los umbrales de las casas y se volvían locos al ver un árbol de Navidad subiendo las escaleras.

Cuando llegaba a arriba de todo, el cocodrilo se quedaba inmóvil y sus velas brillaban y sus juguetes titilaban mientras la gente de las casas lo cargaba con más juguetes y golosinas para los nenes, que esperaban abajo muertos de frío pero aplaudiendo y gritando. Y la mamá, que era tan graciosa, venía caminando detrás de ellos con una carretilla enorme llena de ropa de lana tejida verde y roja, amarilla y azul, con la que fue abrigando a los nenes, que al final estuvieron mucho más contentos y calentitos.

Y así el árbol de Navidad y la carretilla fueron recorriendo el pueblo y visitaron todas las casas donde vivían las nenas y los nenes que necesitaban su compañía.

Ahora bien, cuando el cocodrilo volvió a su hogar, ya con todas las velas apagadas y la cola-arbolito emprolijada, se acostó en el cuarto de los nenes. La mamá, graciosísima siempre, vino a arroparlos a todos, pero los encontró en medio de una guerra de almohadas y vio que el cocodrilo estaba sollozando muy triste, solo. A la mamá le llevó mucho tiempo descubrir qué le pasaba, pero al final el cocodrilo dijo entre lágrimas:

–Quiero una muñeca.

La mamá, tan graciosa ella, besó al cocodrilo y le dijo por supuesto que te vamos a conseguir una muñeca. Y después de perseguir a sus hijos y meterlos a todos en

sus camas, llamó por teléfono a Papá Noel para pedirle una muñeca tamaño real con pelo de verdad, que llegó esa misma noche. Pero a la mañana siguiente, para sorpresa de todo el mundo, el cocodrilo seguía igual de triste. Cuando los nenes se reunieron a su alrededor y le preguntaron qué le pasaba, confesó:

–Esta muñeca no me sirve; quiero un muñeco de cocodrilo.

Los nenes y las nenas salieron disparados cada uno en una dirección diferente para comprar un muñeco de cocodrilo, y todos volvieron con unos cocodrilos verdes de peluche hermosos.

Ahora sí, el cocodrilo estaba por fin muy feliz y era todo un espectáculo verlo tratando de comer su plato de avena sosteniendo en los brazos esos seis muñecos todos largos.

Los nenes eran hijos del señor y la señora Contentini y vivían en Villarrisa, donde sus sabios padres habían elegido una casa con muchos pasillos llenos de curvas perfectas para jugar a las escondidas, algunas habitaciones perfectas para vivir adentro y un jardín bastante grande cuyos árboles habían sido especialmente entrenados para dejarse trepar. De hecho, tendían sus ramas justo en los lugares más estratégicos para ser escaladas.

Una tarde en la que el cocodrilo sacó a sus seis muñecos verdes a pasear en cochecito, empezó a llover de repente. El cocodrilo, pensativo, ató el cochecito a un árbol y, abrazando a sus hijos de peluche, saltó al río para protegerse de la lluvia.

Se puso muy mal cuando salió y vio que sus seis cocodrilos estaban arruinados por el agua. Llegó a la casa a tomar el té con un estado de ánimo terrible, desesperado.

–Arriba el ánimo –dijo la mamá graciosa atizando el fuego hasta que agarró llama. Cuando la estufa tomó buena temperatura, acomodó todos los muñecos de cocodrilo alrededor del guardafuegos, y ya para cuando terminaron de tomar el té, los cocodrilos de peluche

estaban completamente secos, así que los agarraron y empezaron a darles forma de nuevo.

Cada día que pasaba el cocodrilo se volvía más y más humano. En ese hogar democrático, donde cualquiera que quisiera ir a vivir tenía la seguridad de ser aceptado en términos de perfecta igualdad, el costado más amable y generoso del cocodrilo fue desarrollándose velozmente bajo ese trato tan compasivo. No pasó mucho tiempo antes de que apenas pudiera llegarse a notar la diferencia entre él y un nene, y la mamá -siempre con su gracia- a menudo lo alzaba y se lo sentaba en el regazo creyendo que era uno de sus hijos, pero se daba cuenta de su error cuando veía que la mitad cocodrilo seguía apoyada sobre el piso.

El cocodrilo se volvió ambicioso: sintió que si no podía ser un nene de verdad, al menos podía tratar de parecerse a uno tanto como fuera posible. De hecho, el cocodrilo quiso ir a la escuela.

Los nenes se llamaban 1, 2, 3, 4, 5 y 6 porque, como decía su mamá -esa mujer tan graciosa-, son muy pocos los nenes que al crecer aprueban el nombre con el que fueron bautizados, y pensaba que no valía la pena hacer nada más que numerarlos hasta que tuvieran la edad suficiente para decidir por ellos mismos.

1, 2, 3, 4, 5 y 6 fueron a ver al maestro y le dijeron:

-Por favor, señor, el cocodrilo quiere venir a que le enseñen.

-¿Qué? -preguntó el maestro, alterado.

-Que quiere tomar clases -dijeron los nenes-, ¿se puede?

-No -dijo el maestro.

-Por favor -dijeron los nenes.

-Está totalmente en contra de las reglas darle clase a alumnos con tres piernas. ¡Ni hablar si encima tienen cuatro! Sería un ejemplo muy indecoroso para los demás nenes, se sentirían insatisfechos con el número de piernas que tienen (dos) y probablemente se armarían peleas terribles por una simple cuestión aritmética.

-¡Pero señor! -dijo 6-. Este cocodrilo no tiene

dientes. Está muy acostumbrado a los nenes. Duerme en nuestra habitación y deja que mamá le ponga el babero.

–Bueno –dijo el maestro–, pueden traerlo mañana para probar, y si es lo suficientemente inteligente como para aprobar los exámenes, lo cual dudo mucho, lo acepto como alumno.

–Ay, gracias, señor –dijeron los nenes y las nenas–. Le prometemos que el cocodrilo va a portarse perfecto.

El lunes, 1, 2, 3, 4, 5 y 6 llevaron al cocodrilo a ver a un maestro de canto. Esperaron muy tranquilos en la sala de espera y no pusieron los pies en las sillas. Cuando el maestro de canto entró en la habitación, miró al cocodrilo, se fue corriendo hasta el jardín y se trepó a la copa del árbol más cercano.

Los nenes y el cocodrilo lo siguieron y lo llamaron para que bajara. El maestro de canto temblaba tanto que todas las manzanas se cayeron del árbol y los nenes se llenaron los bolsillos. Formados en ronda alrededor del árbol le dijeron al maestro que, si él no podía darle una lección de canto al cocodrilo, ellos sí podrían.

–Así que... –dijo 1– si usted es maestro de canto, entonces cante.

–P-pe-pe-pero... –balbuceó el maestro de canto, temblando de miedo.

–Cante –dijo 2.

–Cante –dijo 3.

–Cante –dijeron 4 y 5.

Y a todos ellos el maestro de canto nada más podía responderles:

–P-pe-pe-pero...

–Nos vamos a quedar acá hasta que cante –dijo 6.

El pobre maestro de canto, al ver que no había salvación posible, hizo lo que pudo, pero las palabras apenas le salían y el árbol temblaba y se sacudía más que nunca. Trató de cantar “It’s a Long Way to Tipperary”, la única canción que le vino a la mente, pero antes que como un maestro de canto sonaba como alguien que se había dado una ducha fría.

–Sonríale para animarlo –le dijeron los nenes al

cocodrilo.

El cocodrilo levantó la cabeza y abrió la boca... el efecto que esta imagen tuvo sobre el maestro de canto fue mágico: recuperó la voz por completo y el árbol dejó de temblar.

–Disculpen –dijo el maestro de canto–, estaba acá arriba buscando un nido de pájaros nada más.

Bajó del árbol, entraron en la sala de música y el maestro de canto se sentó al piano y tocó una nota.

–A ver, entone un do –dijo el maestro de canto.

El cocodrilo abrió la boca de nuevo para cantar... pero esta vez, así como había venido, la calma del maestro de canto se fue de nuevo al tacho, y volvió a asustarse tanto como antes. El sonido que producía el cocodrilo al querer cantar era un sonido demasiado extraño.

–Creo –dijo el maestro de canto– que lo que su amigo necesita es un médico y no un maestro de canto. Y les hizo un ademán para que se fueran.

Un día, los nenes tuvieron una idea genial. Recortaron dos hileras de dientes de cartón blanco y se las pusieron en la boca al cocodrilo.

Había una feria en Villarrisa y los nenes habían decidido hacer una fortuna para ellos y otra para su amigo cocodrilo, así que armaron una carpa y colgaron un cartel enorme: “Seis centavos por ver a seis nenes meter sus cabezas en la boca de un cocodrilo”.

El cocodrilo, que haría cualquier cosa para complacer a sus amiguitos, interpretó su papel lo mejor posible y adoptó un rol extremadamente feroz cuando le metieron sus cabezas entre los dientes.

La noticia de este heroísmo extravagante recorrió el pueblo entero y todo el mundo acudió a visitar la carpa, no solo los miles de curiosos sino también los dueños de la feria.

Como se podrán imaginar, los nenes amasaron una fortuna enorme.

“¡Cuidado objetos domésticos!”, de Claude Cahun (1936)

En comparación con los humanos, los demás animales parecen ser bastante razonables. Lo que distingue al animal humano, lo que constituye su peculiaridad y mejor lo describe, es que tiende cada vez más a superar el campo racional, es decir, el campo de la adaptación sincrónica de la vida a su entorno. Al animal humano le basta en realidad con un mínimo de adaptación corporal; pero así y todo se esfuerza para hacer avanzar la vida sobre circunstancias que él mismo vuelve peores, para alcanzar, aunque sea parcialmente, metas cada vez más esquivas, perseguidas cada vez más ciegamente, mientras que pone su destino en manos de las generaciones futuras. El animal humano es el único capaz de provocar una conmoción de la materia tan grande que sus propios órganos acaban invadidos por monstruosidades y enfermedades que florecen sin fin. Únicamente el ser humano civilizado posee ese feroz poder y se entrega al lujo desenfrenado de alimentarlo, es decir, de preservar y cultivar esa variedad infinita de ornamentaciones vanas, exhibiendo la lepra y los tumores, aterradores objetos inventados o encontrados, brotes irracionales de carne. No solo esta ornamentación se manifiesta con desdén en contra de toda utilidad, sino que también lo hace en los márgenes de lo utilitario. Los colores maravillosos del iris humano desafían la memoria de los amantes. La estructura radicular de las muelas más pequeñas obliga al dentista a concluir que “la anatomía no existe”. Los ataques epilépticos son, para los psiquiatras, las herejías más desconcertantes.

Lo mismo ocurre con la materia a la que se considera inanimada: para el animal irracional llamado ser humano, esta materia es completamente maleable. Empezando en las llaves de celuloide rosa y los martillos verdes que el niño usa como sonajeros, si encuentra en ellos, más allá de cualquier pretexto pseudopedagógico, las mismas satisfacciones que quienes (conscientemente o no) los

imaginaron, diseñaron y eligieron en la tienda; luego de las bolitas de pan enrolladas mecánicamente entre los dedos, y luego del sorbo de la mamadera llena de agua con azúcar, ofrecida como premio; luego de los castillos de arena en la playa, de los encantadores palacios de grasa erigidos por los carniceros, de los monumentos infames en honor a los muertos, a los revolucionarios y a las palomas mensajeras; luego de los fuegos artificiales en los que una estrella final ilumina el cielo cuando todo lo demás ha desaparecido -una estrella lastimosa y muerta que no enciende nada-; luego, finalmente, de todo eso, no queda nada del festín terrible en el que la razón solo servía para demostrarnos la esclavitud del hombre bajo el yugo del hombre, de la materia, de los sistemas. Y nos toca a nosotros descubrir dónde es que se detiene la razón, apoderarnos de la materia y retenerla bajo la conciencia de nuestra liberación.

En la sociedad actual no todos estamos siempre en condiciones de volvernos flexibles -buenos conductores para las fuerzas liberadoras- y a menudo nos sorprendemos al encontrarnos más parecidos al pequeño imitador que al gran paranoico. Pero entre otros síntomas, la sobreproducción de objetos cada vez más extraños (como pinzas microscópicas, que solo pueden ser usadas bajo el microscopio) nos asegura que a nuestro alrededor la realidad se está resquebrajando: tanto la cadena de montaje del trabajo forzado como el lazo dorado de la pasión se romperán una y otra vez antes de que las fotografías de objetos percederos que estoy viendo en este preciso momento tengan la más mínima oportunidad de desvanecerse.

Podría seguir hablando de estos objetos, pero ellos mismos hablarán mejor de sí mismos, y lo harían incluso mejor si pudiéramos tocarlos en la oscuridad. En contraste con los talentos prodigiosamente liberados y liberadores de esos exploradores y fabricantes de las cosas que vemos ante nosotros, se me aparecen pensamientos sobre los oprimidos, y me apeno por sus propios talentos hermosos, deformados y perdidos. Estoy pensando en

una nena de la que se habla en un artículo -quizás usted también lo haya leído- en el que se investigan estos despojos tristes: la nena nació sorda, muda y ciega; un manojo de “nervios y gritos” entregado a los ocho años al aparato de educación religiosa. Se puede adivinar lo que el efecto acumulativo de la paciencia y la resignación terminó haciendo de ella. Pero tanto usted como yo podríamos haber alcanzado el objeto irracional producido por ella fácilmente, mezclando elementos según sutiles pistas como la consistencia o los olores, jugando así, mucho más allá del amor, con una oscura superficialidad. ¿Pero y ahora? En ella y para ella, la enfermedad y el amor quedaron para siempre entrelazados, como los miembros de un espantapájaros amarrados a su mástil. El catolicismo hizo bien su trabajo, y lo hizo también con orgullo. Para familiarizar a la nena ciega con la muerte, la hicieron tocar y oler los cadáveres; algunas noches la acostaron junto a su hermana moribunda. Incluso consiguieron inculcarle algunas vagas nociones sobre el matrimonio y la procreación, con la advertencia: “¿Estando en su situación, podría ella siquiera imaginarlo?”.

Insisto en esta verdad primordial: es necesario descubrir, manipular, domesticar y construir uno mismo los objetos irracionales para poder apreciar el valor particular o general de los demás. Por eso, en ciertos aspectos, los trabajadores manuales podrían estar en mejores condiciones que los intelectuales para comprender esta realidad, si no fuera porque toda la sociedad capitalista -incluida la propaganda comunista- les impide hacerlo. Y por eso es que una empieza a hurgar en sus bolsillos, y tal vez a vaciarlos sobre la mesa.

Recorte una esponja en forma de cerebro y haga que absorba un poco de la sangre que se derrama todos los días. Póngala en una bañera y fíjese si flota, si el agua se vuelve roja y si los espíritus animales empiezan a brotar de todos sus poros: la pielflora, el alaveloz, el tortugato, el lilirio rosado (una papa diminuta que germina), la popaloma (un beso donde se tocan las pestañas, un párpado que palpita), la lasciva civela y todas las demás

adorables criaturas sin nombre. Revuelva el agua de este animalario con una varilla de vidrio; la palabra agitador le viene a la mente y lo sobresalta. La tan esperada criatura aparece por fin, sin saber dónde dejar caer sus lágrimas.

Tome un espejo. Raspe un poco la parte de atrás para sacarle el reflejo y póngalo a la altura de su ojo derecho. Detrás de la pequeña mancha transparente que se hizo, coloque una tira con pequeños objetos adheridos y mírese a los ojos mientras la va desplazando hacia arriba o hacia abajo. Esto se llama el “juego de las cenizas”.

Busque una casita de paja (el parlante electrovox), en cuyo fondo descubrirá una placa sensible a ciertos sonidos. Podrá hacer que cualquier cosa salte de su interior, pero solo si metió previamente esa cosa dentro del parlante: todo lo que hay que hacer es hablar en voz alta. Su voz va a hacer que la placa vibre. Si hay más de un jugador en este juego no tan inocente, puede pasar que el objeto introducido por una persona e invocado accidentalmente por la otra responda a afinidades secretas. ¿Dije que “puede pasar”? Es seguro que va a pasar. ¡Tenga cuidado!

Sobre todo, haga de cuenta que esto que vine diciendo fue más que nada para lograr hacerlo construir (destruir + x) algo con sus propias ideas y hallazgos, que, por mucho que puedan tener en común con los de los demás, siguen siendo parcial o totalmente desconocidos aún.

Gisèle Prassinos

Nacida en 1920 en Estambul de padre griego y madre italiana, Gisèle Prassinos vivió en París -o sus inmediaciones- desde la más tierna infancia. En 1934, a los catorce años, conoció al grupo de los surrealistas y los encantó con sus poemas y cuentos, a tal punto que la idolatraban como si hubiera sido una verdadera Alicia con la capacidad de viajar a otros mundos. Sus primeros escritos aparecieron en *Minotaure* (1934) y *Documents 34*; su primer libro, *La Sauterelle arthritique* (El saltamontes con artritis) -que contiene el relato de incluido en esta ultramicro antología-, se publicó en 1935 y lo siguieron otros ocho volúmenes escritos a lo largo de los cuatro años siguientes. Estos primeros textos fueron considerados por la mesa chica del surrealismo como el “modelo par excellence de escritura automática”.

Mina Loy

Mina Loy nació en Londres en 1882. Fue artista, inventora, novelista, actriz y prosista, pero hasta el momento su lugar en la historia moderna se lo asegura Lunar Baedeker, su colección de poemas publicada en París en 1923. En gran medida estos poemas eclipsan a sus cuentos, que sin embargo no dejan de estar llenos de humor y de un ingenio paródico que funciona como contrapunto humilde pero eficiente con relación al drama que se desarrolla en su poesía. Loy presenta personajes vulnerables que luchan contra la pobreza y se basa en la tradición victoriana del cuento social para representar las desigualdades de su época, a la vez que retoma el subgénero popular del cuento de hadas para parodiar a las vanguardias cosmopolitas. “El cocodrilo sin cola” fue escrito para su hija, lo que probablemente explique las reiteradas menciones al carácter gracioso y divertido del personaje de la madre.

Claude Cahun

Nacida en 1894 en Nantes bajo el nombre de Lucy Schwob (sobrina del escritor Marcel Schwob), estudió en Inglaterra antes de anotarse en filosofía en la Sorbona, en 1914. En 1917 eligió su nuevo nombre en honor al hermano de su madre, Leon Cahun, orientalista y colega de muchos poetas simbolistas. Participó en la exposición de objetos surrealistas de 1936 en París, colaboró en la revista *Minotaure* y estuvo muy activa en el grupo *Contre-Attaque*, organizado por Breton y Bataille en 1935. Gracias al descubrimiento reciente de un gran número de sus fotografías, Cahun es hoy en día considerada una de las más grandes artistas surrealistas y la primera persona especializada en el autorretrato fotográfico. También fue militante y una inspirada teórica. De hecho podría decirse que fue la principal pionera en este campo, explorando las cuestiones conceptuales del surrealismo de manera audaz, rigurosa y sistemática. De haber escrito más, se encontraría sin duda entre los principales teóricos del movimiento. A través de sus textos, nuestra apreciación del surrealismo se profundiza: nos ayuda a verlo como una experiencia individual y colectiva, un cuerpo de ideas, una función radicalizada de la crítica, una praxis poética, un método de investigación, una aventura lúdica, un proyecto revolucionario y una forma de vida.

Selección y traducción de Alejo Ponce de León, octubre de 2024